



Los múltiples habitantes literarios de *Fernando Pessoa*

JUAN FERNANDO
MERINO

El poeta y prosista de nacionalidad inglesa Alexander Search vio la luz en Lisboa en junio de 1888, y según reza su epitafio murió a los veintipocos años en su ciudad natal, desengañado por completo de todo lo humano y lo divino y sin la menor fe “en el Estado o en la Iglesia, ni en Dios, la mujer, el hombre o el amor, ni en la tierra en lo bajo o el cielo en lo alto...”.

A lo largo de su breve existencia, Search —uno de los numerosos autores que parecían multiplicarse al interior de la mente de Fernando Pessoa— alcanzó a escribir docenas de obras, que incluyen, entre muchos otros, los libros de poemas *Delirio* y *Agonía*, el estudio “Filosofía del Racionalismo”, las reflexiones que constituyen “Los desórdenes mentales de Jesús” y el relato fantástico “Una cena muy original”. A esto hay que agregar los prólogos que escribió para las obras de su hermano Charles James Search, un eximio lingüista y traductor que vertió al inglés las obras de numerosos prosistas y poetas portugueses, así como poemas de autores españoles.

“Fue en 1908 cuando la figura de Alexander Search fue descrita en una ficha bio-bibliográfica, en un cuaderno llamado *El libro de la transformación*, o *Libro de tareas*, donde Pessoa le atribuye a Search cinco obras”, anota la editora y traductora colombiana Natalia Jerez Quintero en el posfacio del volumen antológico *Alexander Search, autor ficcional de Fernando Pessoa*.

En ese libro quedaron fijados el lugar y la fecha de su nacimiento, que, significativamente, coinciden con los de Fernando Pessoa: Lisboa, 13 de junio de 1888, hecho que revela el estrecho vínculo que existe entre Pessoa y Search. Esta cercanía es notable en textos como “Dispersando la noche”, dado que ese texto parece un escrito autobiográfico de Pessoa —y en alguna medida lo es, pues se trata de una confesión íntima que incluye un plan de trabajos que eran los del joven Pessoa— pero la firma de Search surge al final, como si Fernando, en una página de diario, hubiera querido ocultarse bajo Alexander.

Alexander, un autor fecundo y muy ecléctico que empezó a enviar “mensajes” al joven Fernando Pessoa desde que este tenía 11 años, y que escribió fundamentalmente en inglés, aunque también se encuentran de él obras en francés y en portugués, y Charles James, quien a pesar del dominio del idioma y su gran altura poética jamás se animó a publicar textos propios, son solo dos de los múltiples habitantes literarios, por así llamarlos, del escritor lisboeta Fernando Pessoa (13 de junio de 1888-30 de noviembre de 1935), considerado el más grande poeta en lengua portuguesa de todos los tiempos después de, o junto con, Luís de Camões, el gran escritor del siglo XVI, autor de la epopeya en verso *Os Lusíadas*.

Estos “habitantes literarios” de Fernando Pessoa son mucho, muchísimo más que seudónimos, *noms de plume* o alias literarios. Y es que muchos de estos “heterónimos”, como los denominaba el genial escritor portugués, tienen cada uno su propia voz, su estilo y su técnica de escritura bien diferenciada, y poseen una biografía individual compleja, así como influencias literarias y políticas bien distintas, por lo que cada cual cuenta con una existencia y una realidad propias.

Los más de cien nombres utilizados en sus textos literarios por Pessoa han sido estudiados y meticulosamente clasificados por el profesor e investigador colombiano Jerónimo Pizarro, uno de los especialistas más reconocidos de la obra de Pessoa en todo el mundo y una de las personas que mejor conoce los manuscritos del escritor portugués. El libro *Eu sou uma antologia: 136 autores fictícios*, una colaboración entre el profesor Pizarro y el lingüista Patricio Ferrari, publicado en el 2013 y recientemente traducido al español, resulta una fuente invaluable para acercarse al universo de los heterónimos o autores paralelos de Fernando Pessoa. “Alexander Search, el autor número 72 de la antología, puede presentarse como ejemplo de la complejidad del fenómeno de la heteronimia”, afirman los autores.

Empecemos por el hecho de que no solo Alexander, sino también su familia, están registrados en el archivo de Pessoa. Puede encontrarse en él a Charles James Search, John C. Search, Anthony Search, Catherine Search y Augustus Search. De todo el grupo, el único (o casi el único) que cuenta con una labor artística o intelectual relevante es Alexander [...] Surge formalmente en el mundo de Fernando Pessoa en 1906, cuando Charles Robert Anon, otro heterónimo, otro autor imaginario, se convirtió en Alexander Search. Para complicar más las cosas, y quizás para aliviarle un trabajo ímprobo, Pessoa atribuyó a Charles James Search, uno de los hermanos de Alexander, la traducción al inglés de la parte inicial de *El estudiante de Salamanca* de José de Espronceda.

Entre todos aquellos heterónimos, los más conocidos, y también los más prolíficos, son Álvaro de Campos, ingeniero naval asociado al advenimiento de la era mecanicista; el poeta

campesino Alberto Caeiro, partidario de la vida sencilla y bucólica y quien rechaza de plano la metafísica; el doctor Ricardo Reis, sinónimo de epicureísmo, latinista, monárquico y claro portador de la herencia clásica en la literatura occidental; y Bernardo Soares, un modesto bibliotecario adjunto y lector empedernido.

El célebre novelista italiano Antonio Tabucchi, uno de los investigadores más devotos de la obra de Pessoa —y quizá el más apasionado—, consideraba que estos cuatro poetas bastaban para que Portugal pudiese merecer un retorno al auge de la edad de Pericles de la poesía, como asegura en su texto “Un baúl lleno de gentes”, que aparece en el libro de ensayos del mismo nombre:

Pessoa es ciertamente uno de esos poetas que en el metafórico palacio de la Inmortalidad poética que definió Eugenio Montale ha penetrado de modo extravagante y semiclandestino, no sabría decir si por descuido o cálculo (o por calculado descuido), haciendo que se introdujesen también, camuflados en una casera arca de ajuar, sus múltiples espíritus bien empaquetados en fascículos manuscritos, atados con hilo bramante y firmados con firmas diferentes... Un pequeño y semidesconocido país del siglo xx, olvidado por Europa y por ella misma olvidado, conoció el esplendor de una extraña edad de Pericles de la poesía, dos décadas (durante tal lapso de tiempo actúan los Pessoa: de 1914 a 1935) en las cuales cuatro poetas, diferentes e incluso opuestos en voz y temperamento, aunque todos igualmente grandes y fascinantes por la complejidad de los temas y la cualidad del verso, poetizan contemporáneamente, polemizan epistolarmente, discuten públicamente, se escriben unos a otros introducciones amigables y muy cumplidas (siempre dándose el Usted, eran realmente otros tiempos), hasta que inexplicablemente callan todos al mismo tiempo, desapareciendo en la nada.

A Bernardo Soares, uno de los cuatro grandes poetas a los que se refiere Tabucchi en la cita anterior, y a quien Pessoa llegó a catalogar como un semiheterónimo, “porque no siendo su personalidad la mía, es no diferente de la mía, sino una mutilación de ella. Soy yo, menos el raciocinio

y la afectividad”, se le ha atribuido la autoría del *Libro del desasosiego*, la obra más célebre de Fernando Pessoa.

Como nada es diáfano ni irrefutable en el universo de la creación pessoana, resulta complicado llamar a Bernardo Soares “autor” del *Libro del desasosiego*, e incluso no se puede tener certeza de la existencia propiamente dicha de ese libro: cuando años después de la muerte del escritor se empezó a indagar a fondo en el contenido del ya legendario baúl, se encontraron un gran número de páginas marcadas con las letras “L.D.”. Pasado un tiempo, se llegó a la conclusión de que esas iniciales hacían referencia a un proyecto que el escritor había denominado *Livro do Desassossego*. Después de un inmenso trabajo de edición —subjetivo, por decir lo menos— se llegó a la publicación en 1982, 47 años después de la muerte de Pessoa, de un volumen con ese título.

Por supuesto, era solo una propuesta de edición, a la cual le han seguido varias, entre ellas la muy aclamada versión del profesor Pizarro, publicada en el 2010, y traducida al castellano en 2014 por el filólogo español Antonio Sáez Delgado para la editorial Pre-Textos.

El baúl sin fondo de Pessoa

Al morir a sus 47 años, Pessoa dejó un solo libro publicado en portugués y un baúl enorme del cual no paran de salir páginas memorables y hallazgos inusitados.

Al cumplirse 80 años de su fallecimiento el pasado 30 de noviembre, con lo cual el conjunto de su obra ha pasado al dominio público, se ha renovado el interés universal por conocer más detalles acerca de su vida —en su aspecto exterior signada por la soledad, la monotonía burocrática y las rutinas cotidianas salpicadas por el alcohol y la escritura nocturna— y en particular por adentrarse en aquel legado en forma de baúl aparentemente sin fondo, de cuyo interior se han contabilizado, que no clasificado del todo, alrededor de 30.000 papeles de escritura mecanografiada o manuscrita de la autoría de alguno de los nombres diferentes con los que firmó aquella miriada de textos, 136 según se ha logrado dilucidar hasta la fecha.

Nacido en 1888 en Lisboa y bautizado Fernando António Nogueira Pessoa, el escritor

perdió muy niño a su padre y pasó buena parte de su infancia y adolescencia en la ciudad de Durban, actual Sudáfrica, donde su padrastro era cónsul de Portugal. Después de que a pesar de sus excelentes calificaciones le fuera negada una beca para cursar estudios superiores en Inglaterra —la gran aspiración de su juventud— regresó a los 17 años a su país natal, de donde no volvería a salir, y donde después de un intento fallido por sacar a flote una pequeña tipografía, dedicaría el resto de su vida laboral a la traducción de correspondencia comercial del inglés y del francés, idiomas que dominaba a la perfección y en los cuales dejó una nutrida obra poética.

A su muerte solo había publicado el poema patriótico *Mensagem* (Mensaje) y dos colecciones de poemas en inglés, sus relaciones eran muy escasas y solía aislarse de sus familiares y sus poquísimos amigos, no dejó descendencia y se le conoció un solo amor: Ofélia Queiroz, una joven que conoció de 19 años cuando él tenía 31, y quien en unos cuantos meses se hastió de sus extravagancias literarias y de las notas que le llegaban bajo distintos heterónimos de su enamorado, y en especial las que le enviaba con la firma del temperamental e irascible Álvaro de Campos, a quien Ofelia detestaba.

Muy probablemente Pessoa habría sido olvidado del todo y por todos de no haber sido por la recuperación del mencionado baúl de los tesoros, un arca enorme en la que iba guardando los miles de papeles que contenían escritos suyos que no había publicado y que a lo largo de su vida acarreo de un lado a otro. A su muerte, el arca quedó en la casa de su hermana Henriqueta Madalena, quien la conservó casi intacta durante décadas.

“Allí acudían los investigadores portugueses en los años cincuenta y sesenta —muchos casi de tapadillo a causa de la dictadura de Salazar— a expurgar entre los papeles del poeta en busca de tesoros literarios”, señala el novelista y periodista español Antonio Jiménez Barca. “Los había... Entre otras cosas, el arca encerraba hojas sueltas, cartas, carpetas con libros inconclusos, poemarios, escritos inclasificables, reflexiones, cuadernos, semidiarios, confesiones, estrofas... y hasta un arranque de novela policiaca que Pessoa no terminó, inspirada en cuando, en 1930, ayudó a

un mago famoso de la época a fingir un suicidio para que éste recuperara a su mujer”.

Hoy en día los estudiosos de la obra de Pessoa ya no tienen que ir a la casa que fuera de la hermana del escritor, abrir el arca y explorar entre aquel desordenado montón de papeles. Aquel insondable legado literario se encuentra cuidadosamente dispuesto desde 1979 en la Biblioteca Nacional de Portugal y el arca fue subastada en el 2009 y vendida por 60.000 euros a un particular anónimo. Pero los papeles del poeta presentan las mismas dificultades para descifrarlos y ordenarlos que en los años sesenta y setenta: en una misma hoja, Pessoa solía escribir, además con una letra intrincada y diminuta, un poema y al lado un bosquejo de ensayo o una carta, y por detrás la corrección del anterior poema o varias versiones del mismo.

“Pessoa es un constante *work in progress*, un proceso inagotable de creación y actualización de textos”, explica el filólogo español Antonio Sáez Delgado en una reciente entrevista concedida al diario *El País* de Madrid.

[*El Libro del desasosiego*], un libro construido con la acumulación de fragmentos y al que su autor nunca llegó a dar forma definitiva —aunque sí título y autoría, ambas cosas muy extrañas en su mundo—, con un ciclo de escritura muy amplio y que sigue de cerca la evolución estética y vital del autor real de la obra, Pessoa, y los autores ficticios por él creados [...] Pessoa es el mayor milagro de la literatura de los últimos 30 años. Murió bastante olvidado; los únicos que le publicaban eran sus amigos. Solo 50 años después de su muerte, sus restos fueron trasladados al monasterio de Los Jerónimos, y reconocido por su propio país como se merece. Yo le colocaría al lado de Borges como el mayor escritor del siglo xx. **U**

Juan Fernando Merino (Colombia)

Escritor, periodista y traductor literario nacido en Cali. Ha obtenido varios premios literarios colombianos, así como una beca nacional de novela. En España ha sido ganador de siete concursos de cuento. Es autor de los libros de relatos *Las visitas ajenas*, *El sexto mandamiento* y *Toreros en la nieve* y de la novela *El intendente de Aldaz*. Durante diez años se desempeñó como jefe de traductores del Festival de Cine de Valladolid. Actualmente es el director académico de la Feria Internacional del Libro de Cali.